

ALLENDE, Ignacio.

El principal promovedor de la revolucion de 1810 fué D. Ignacio Allende, nacido en la villa de San Miguel el Grande, el 20 de Enero de 1779, hijo de D. Domingo Narciso Allende, español de mediana fortuna, y de D^a Marina Uruga, de una de las principales familias de la villa.

Fué capitán del regimiento provisional de caballeria de la reina, acantonado en San Miguel el Grande y que recorria los pueblos inmediatos. Con algunas plazas del regimiento formó parte de la brigada que se formó en San Luis Potosí á las órdenes del entónces coronel D. Félix María Calleja, con motivo de los sucesos promovidos en la Frontera por el aventurero Nolland, y despues concurrió con todo el cuerpo á las grandes evoluciones que bajo el mando del virey Iturrigaray se hicieron cerca de Jalapa por Enero de 1808, y en las que se distinguió mereciendo los elogios del citado virey. En este mismo año, aprovechando las agitaciones de la metrópoli española, comenzaron á formarse en México los partidos entre europeos y americanos. Los primeros aprisionaron al virey el 16 de Setiembre de aquel mismo año, y el canton militar quedó disuelto, regresando los cuerpos provisionales á sus respectivas demarcaciones. Allende se manifestó desde entónces decidido por la independencia, y se ocupó en promoverla en México, en Querétaro y en el Departamento de Guanajuato. Fué él quien decidió al venerable cura de Dolores, á los Aldama, Abasolo y otros oficiales de su regimiento.

No entra en nuestro plan seguir paso á paso el movimiento revolucionario al que debemos el contarnos entre los pueblos libres. Multitud de obras encierran ese período histórico, y debemos por lo mismo limitarnos á repetir que Allende fué su principal promovedor, y que por consideracion al cura Hidalgo le cedió la direccion de la empresa. En breve suscitáronse desa-

venencias y rivalidades entre los dos caudillos. A pesar de esto, Allende se condujo con tal cordura, que no pospuso los intereses de la patria á sus personales aspiraciones, y así le vemos demostrar extraordinario arrojo en la célebre batalla del Monte de las Cruces, en la que le mataron el caballo en que montaba; en la desgraciada de Aculco; en la defensa de la ciudad de Guanajuato; en la batalla del puente de Calderon; en la del puerto del Carnero; en las del Saltillo, y otras, libradas hasta que Elizondo aprehendió en las Norias de Bajan á los primeros héroes de la libertad mexicana. Allende, como sus compañeros, fué conducido á Chihuahua, y fusilado el 1^o de Agosto de 1811.

Su cabeza, con las de Hidalgo, Aldama y Jimenez, fué colocada en una jaula de hierro, y fijada en uno de los ángulos de la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato; su cuerpo estuvo sepultado primero en el templo de San Francisco de Chihuahua, y en 1824 fué trasladado á la Catedral de México, en donde descansa, bajo el altar de los Reyes, en la bóveda destinada á los vireyes y á los presidentes.

Allende no era un soldado vulgar: en más de una ocasion sus consejos dieron el triunfo á los insurgentes; en ningun caso dejó de ostentar la mayor bizarria. Por sus naturales instintos y por su educacion militar, odiaba el desórden, y repetidas muestras dió de que sabia castigar los desenfrenos de las chusmas que bajo sus órdenes se hallaban. D. Lucas Alaman, cuya parcialidad en contra de los libertadores de México es notoria, hace justicia á nuestro héroe cuando habla de los acontecimientos de Guanajuato. "Allende—dice—quiso apartar al pueblo de las puertas de la tienda (de un tal Posada), metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entónces con todo género de suciedades estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo, y haciendo que éste se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe, que huyó desparoripa, habiendo quedado un hombre gravemente herido."

Para nosotros, y para cualquiera que haya estudiado la historia de la revolucion de 1810, Allende es una de las figuras más

simpáticas y prominentes. Méenos de un año peleó por la causa de la independecia, pues, como hemos visto, la adversidad le hirió bien pronto, y sin embargo, sus nobles hechos y su valor le conquistaron la inmortalidad. Lo que en él admiramos más, lo que mejor revela su acendrado patriotismo, es la grande abnegacion que le llevaba al combate, aunque su inteligencia le hiciese ver que no se procedia con acierto al librarlo bajo ciertas condiciones. Él, que por modestia, y por consideracion al anciano cura de Dolores era, no el Generalísimo sino su teniente general, acataba el primero las resoluciones de Hidalgo para que su subordinacion sirviese de ejemplo; él, á pesar de sus desavenencias con Hidalgo, siguió su suerte, y espiró junto á él en un patíbulo con indomable valor.

A medida que los años pasen, se agigantará la figura del caudillo Guanajuatense, y la historia justiciera guardará el nombre de Allende en sus páginas inmortales.

ANDRADE Y PASTOR, Manuel.

El distinguido médico y filántropo D. Manuel Andrade y Pastor, fué hijo del Sr. D. José Andrade y Guerra, natural de España, y de D^a Manuela Pastor, originaria de México. Nació en esta última ciudad en 28 de Noviembre de 1809. En las primeras letras fué instruido en el establecimiento de D. Joaquin Alva, y en el Seminario Conciliar estudió gramática, y allí mismo y en el Colegio de San Juan de Letran, cursó filosofía. Despues se dedicó al estudio de la medicina, que era al que mas se inclinaba, y ya en 1829 pretendió y obtuvo una plaza de practicante en el Hospital de San Andrés, y una fiebre aguda fué el resultado del empeño con que se dedicó á sus nuevas ocupaciones; pero los cuidados de su familia le salvaron del peligro. En 1831 se presentó al extinguido proto-medicato para ser exa-

minado en cirugía. El título le fué expedido, y con ese carácter pasó á servir como practicante mayor al Hospital de la Purísima Concepcion y Jesus Nazareno.

Andrade, deseando perfeccionar sus conocimientos, quiso emprender un viaje á Europa, y para ese objeto su familia no omitió sacrificio, siendo secundada en tan laudable empresa por el Illmo. Sr. D. Cayetano Portugal, que fué digno obispo de Michoacan, y por el Sr. D. Bernardo Copca. Por fin, pudo realizar sus deseos en Febrero de 1833, embarcándose en Veracruz para Francia y llegando á Paris en el mes de Mayo. Allí frecuentó los Hospitales, trató á algunas notabilidades, y escuchó sus sabios consejos; se instruyó en todos los adelantos mas recientes, y con tan ópimos frutos regresó á su patria despues de tres años de ausencia.

En los Hospitales franceseses tuvo ocasion de observar los benéficos auxilios y los consuelos que prodigaban las hijas de San Vicente de Paul, las hermanas de la Caridad, á los enfermos, y que ellas venian á ser el complemento de los médicos, poniendo en ejecucion lo que aquellos ordenaban, y vigilando cuidadosamente su más exacto cumplimiento; que ellas con sus tiernos cuidados y sus palabras de dulzura, tranquilizaban y animaban los espíritus de los pacientes, ofreciendo así una curacion moral. Trabajó con una constancia inflexible para que se estableciesen, hasta que por conducto del Sr. D. Manuel Baranda, ministro entónces de Justicia é Instruccion pública, el Supremo Gobierno expidió un decreto en 9 de Octubre de 1845 permitiendo el establecimiento de las hermanas de la Caridad, y poco despues se otorgó en Madrid escritura de fundacion por los Sres. D. Juan Roca, superior de la congregacion en España, y D. Bonifacio Fernandez de Córdoba, apoderado de los fundadores. Aprobadas las bases convenidas por una real órden fechada en 6 de Marzo de 1844, se dispuso lo necesario para el viaje de las religiosas que debian venir del otro continente, llevándose á cabo muy en breve, y quedando establecida definitivamente la institucion el 29 de Noviembre del mismo año, dia en que las hermanas fundadoras entraron en México. Si no se

realizaron todas las esperanzas que se concibieron al principio del establecimiento en este país de las hijas de San Vicente de Paul, no es culpa de quien trabajó con tan noble deseo por realizarlo. Es necesario decir en prueba de imparcialidad y justicia, que le ayudaron eficazmente para el mismo fin la Sra. D^a María Gómez de la Cortina, excondesa de este título, y las Sras. D^a Faustina y Julia Fagoaga, mostrando que el bello sexo no es ageno en nuestro país á las grandes empresas de beneficencia, y que está animado de los más nobles sentimientos.

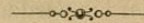
No bien vió el Sr. Andrade realizados sus deseos en favor de la humanidad doliente, cuando pensó continuar sus esfuerzos y marchar por el mismo camino, y desde entónces trabajó asiduamente en que se fundase la congregacion de presbíteros de San Vicente de Paul, basada en los estatutos del santo y con el solo y único objeto del desarrollo de la caridad y la filantropía. El decreto de 23 de Junio de 1845 tambien se debió principalmente á sus esfuerzos, y esos sacerdotes se establecieron primero en México, para fundar otros establecimientos, además de los existentes en Puebla y en Leon.

En union de los Sres. profesores D. Joaquin Villa y D. Pedro Escobedo, trató de introducir mejoras positivas en el Colegio de Medicina. En 1838 fué catedrático de cirujía en el mismo establecimiento; despues regentó la cátedra de anatomía. Por último, se le encargó de la direccion del Hospital de Jesus, que le confió el Sr. D. Lúcas Alaman, y que desempeñó hasta el fin de sus dias.

Fué miembro de la direccion general de estudios, vocal suplente de la antigua asamblea departamental en 1845, y diputado propietario en 1846.

Cuando la República del Norte nos envió sus huestes hasta la capital, queriendo libertar la casa de D. José Juan Cervantes de la rapacidad de los aventureros americanos, salió herido en la cara, de un balazo, y en 8 de Junio de 1848 murió de una enfermedad que contrajo asistiendo á una familia infestada de fiebre, y desempeñando la mision noble de su carrera, en la que, estamos seguros, podrán presentarse muy pocos que le hayan

igualado y ninguno excedido, no queremos decir en la parte científica, sino en la práctica de sus virtudes, la caridad y el desinterés.



APODACA Y LORETO, Salvador.

El Illmo. Sr. Dr. D. Salvador Apodaca y Loreto nació en la ciudad de Guadalajara el dia 25 de Diciembre de 1769. Hizo su carrera literaria en aquella ciudad, y concluida se ordenó sacerdote en Durango, el año de 1794. En seguida desempeñó su ministerio en Mazapil (Zacatecas,) y dos años despues fué nombrado maestro de ceremonias del cabildo de su ciudad natal, en cuyo puesto permaneció cuatro años. En esta época recibió el grado de doctor en teología. Con el siglo actual comenzó su carrera de cura y lo fué sucesivamente, por espacio de 38 años, de Zapotitlan, Tuscacuesco, Mascota y Sayula, en cuyos curatos practicó todas las virtudes que pueden honrar á un sacerdote.

Para dar una idea de su carácter, reproduciremos algunos párrafos de una biografía inserta en el diccionario publicado por la casa de Andrade, y al que muchas veces nos hemos de referir en esta obra: "El Sr. Apodaca, dice, naturalmente activo y laborioso, consideraba el trabajo como la fuente de todas las virtudes, y lo recomendaba con frecuencia á sus feligreses, no permitiéndoles ni aun que continuaran en los templos despues de celebrada la última misa, por que no faltasen á sus ocupaciones. Predicaba todos los domingos por la mañana, y en la tarde esplicaba en su parroquia la doctrina cristiana: concluida la esplicacion iba acompañado de algunos niños á visitar á los presos que habia en la cárcel, consolándolos y socorriéndolos por mano de los niños. Tenia siempre mucho empeño en desterrar de sus curatos las devociones que consisten en meras ex-

terioridades, sustituyéndolas con otras verdaderamente religiosas, en las que reinaba la decencia y el recogimiento propios del culto católico. Persuadido de que la ignorancia era lo que motivaba aquellas esterioridades, procuraba que los niños de su parroquia se instruyeran en las verdades de la religion, y á este fin les proporcionaba gratuitamente libros y catecismos en que pudieran adquirir una instruccion sólida de los principios que les inculcaba en sus pláticas. Usaba del derecho que tenia á las obvenciones parroquiales con mucho desinterés. Repugnaba que las familias de los muertos hicieran los gastos de pompa que tan pingües son á los curas, exponiéndoles que de ningun provecho les eran estos gastos que mejor podian utilizar en otras cosas. De las personas de comodidad solo percibia la mitad ó ménos de los derechos parroquiales que causaban: á las de la clase media les cedia la mayor parte en beneficio de sus familias, y á los pobres no sólo se negaba á recibirles alguna cosa, sino que los auxiliaba con cuanto necesitaban. Por ésto vivia siempre como el más pobre de su parroquia, no tenia mas vestido que el que usaba diariamente, y consistia en patalon, chaqueta y camisa, todo de géneros ordinarios: su cama la formaban unas tablas cubiertas con una zalea y una frazada. Su comida era tan humilde como su traje: tres reales diarios formaban el gasto ordinario que hacia en Sayula para alimentarse, y muchas veces iba á comer en casa de alguno de sus feligreses, porque por atender de preferencia á las necesidades de los pobres, carecia aun de esta pequeña suma."

Difícilmente podria presentarse un cuadro más acabado de la humildad y virtudes evangélicas de Apodaca, y sin embargo debemos añadir que llevó á cabo importantes mejoras materiales y morales en sus curatos, granjeándose el amor y el respeto de todos. Su fama llegó al obispo de la diócesis, quien le elevó á la categoría de canónigo de aquella catedral, y sólo debido á las ardientes instancias que le hicieron, aceptó aquella dignidad, á fines de 1838, sin que sus modestas costumbres variasen en lo mas mínimo.

En 1843 el gobierno nacional le presentó para la mitra de

Nuevo-Leon la que aceptó sólo por obedecer el mandato de sus superiores, pues se juzgaba indigno de aquella honra. Fué consagrado en la catedral de Guadalajara el dia 24 de Setiembre de 1843. Salió para su diócesis en Octubre del mismo año, montado en una mula y con un solo criado, atravesando así doscientas cincuenta leguas para llegar á Monterey. Retardóse su viaje en virtud de las tareas apostólicas que iba desempeñando, y hasta Enero de 1844 entró en la capital de su obispado, y como le precedió la fama de sus virtudes, fué recibido con pompa y sobre todo con gran cariño. Excusado parece decir que continuó en mayor escala el ejercicio de sus bondades. De doscientos cincuenta pesos que tenia de renta, invertia doscientos en el Hospital, en los colegios y en limosnas, y con los restantes cubria sus gastos. Mejoró el servicio del Hospital, estableció por cuenta del obispado dos becas de gracia en el colegio seminario, y amplió el edificio, en los cortos meses que gobernó aquella mitra, pues en Junio 15 de 1844 falleció á causa de los rigores del clima. Fué, no sólo virtuoso como demostrado queda, sino instruido en las ciencias, y notable como orador sagrado. Su modestia privó al país de obras que serian muy apreciadas.

ARCE, Manuel.

La ciudad de Aguascalientes fué cuna del distinguido filántropo de quien vamos á hablar.

Nació el dia 5 de Abril de 1725. A los 19 años de edad entró á la Compañía de Jesus en el noviciado de Tepozotlan, y vino despues al Colegio de San Pedro y San Pablo de México, en donde siguió con afan y lucimiento sus estudios. Fué más tarde rector del Colegio de San Ignacio en Puebla, y se grangeó en él el aprecio de sus alumnos, á pesar de su exterior algo rústico, al través del cual se hallaba un fondo inagotable de bondad.

des. La misma estimacion alcanzó en los Colegios de Zacatecas y Guadalajara, donde desempeñó el cargo de Prefecto de la Congregacion de la Virgen, que estaba establecida en todas las casas de la Compañía. Pasó, despues de algun tiempo, al Colegio de San Luis de la Paz, y al mismo tiempo se encargó del curato centro de las misiones entre los chichimecas, que llevaba á cabo con celo verdaderamente evangélico la célebre Compañía de Jesus.

Con motivo de la real pragmática sancionada por Cárlos III en 25 de Junio de 1767, que desterraba á todos los jesuitas de sus dominios, cuando el pueblo de San Luis de la Paz se cercioró de que los jesuitas que allí residian iban á cumplir con la órden que les comunicó el comisario régio, se amotinó y trató de impedir la salida de aquellos, y castigar al referido comisario, que encontró un refugio contra la muerte en el mismo Colegio de jesuitas, y dió órden al rector para que se supendiese toda providencia hasta que llegase la tropa que habia pedido secretamente á México.

Se embarcó el padre Arce para Italia, estableciéndose en Bolognia, y allí convirtió su casa en hospital de ancianos é impedidos, y en ella les prodigaba toda clase de auxilios. Empezó á coleccionar limosnas para este fin, y con tan feliz éxito, que despues de algunos años y de haber asistido á multitud de paisanos suyos, quedó establecida allí perpetuamente una casa de beneficencia con el título de Hospital de Septuagenarios. Sus fondos, en su mayor parte, fueron proporcionados por varios jesuitas mexicanos que pertenecian á familias ricas, como los padres Jáuregui, Valdivieso, Guerra, Vértiz, y sobre todo el padre Castañiza. No contento con el techo hospitalario de aquella su casa, que tenia de par en par abiertas las puertas á los desgraciados, no le arredraban obstáculos de ninguna clase, y de noche y de día, en tempestad ó calma, volaba á las casas de los jesuitas enfermos á llevarles medicinas, ropa, dinero, libros, cuanto podia aliviar su triste situacion. No habia ningun oficio que le repugnase en pró de la humanidad doliente, pues curaba á los enfermos con sus propias manos, barria sus aposentos, y

aun llegó á prepararles el alimento á los muy pobres y aislados. En su agonía no se separaba de su cabecera, y les proporcionaba todos los auxilios y consuelos espirituales, con un cariño admirable, edificando conducta tan santa á todos los que le conocian. Cargado de virtudes y merecimientos, que eran la admiracion de los boloñeses, enfermó gravemente del estómago, del que habia padecido ántes, y sucumbió despues de una agonía tranquila, repitiendo él mismo las preces de la Iglesia para los moribundos, con la presencia de ánimo de una conciencia limpia y justa, el 28 de Junio de 1785, á la edad de 60 años. Su pérdida causó un duelo general, y su testamento manifiesta que, aun despues de muerto, queria que lo que ya no era posible hacer con sus propias manos, otros lo hicieran á su nombre repartiendo entre los necesitados todo lo poco que poseia.

ARMIJO, Francisco de P.

El Sr. Dr. D. Francisco de P. Armijo, uno de los profesores de medicina de quienes se conserva más grato recuerdo en México, nació en el pueblo de Tepecoacuilco (Estado de Guerrero), el 23 de Enero de 1821, hijo del General D. José Gabriel Armijo, y de la Sra. D^a Petra Sañudo.

Las enfermedades que padeció desde niño, no fueron un obstáculo para que obtuviese una instruccion primaria rápida y perfecta. Una vez terminada ésta, ingresó al Colegio de San Ildefonso de México, en donde estudió latinidad y filosofía, sustentando con lucimiento el segundo acto de física, y obteniendo en todos sus exámenes honrosas calificaciones.

Resuelto Armijo á adoptar por carrera científica la de medicina, y no estando organizada todavía la escuela en la forma que más tarde llegó á alcanzar y que conserva en nuestros días, tuvo que cursar química en la Escuela de Minas y botánica en el

Palacio Nacional, asistiendo á las cátedras que allí se daban. El idioma francés lo aprendió en lo particular.

Distinguióse en sus estudios médicos, obteniendo el primer lugar en la cátedra de anatomía, y el nombramiento de Jefe de la primera seccion de disecciones. También mereció en el primer año el segundo premio, y el primero en el posterior.

El 6 de Diciembre de 1844 presentose á exámen general, y fué aprobado, por unanimidad, por los doctores Martínez del Rio, Pascua, Hidalgo Carpio y Bustillos que formaron el jurado.

El Dr. Armijo, desde el momento en que recibió el título profesional, comenzó á ejercer la medicina, observando, como se lee en *La Gaceta*, "la más estricta moralidad médica que corresponde á un profesor honrado, y la conducta humanitaria que revela un corazón filantrópico y caritativo."

En 1845 fijó su residencia en la villa de Guadalupe, permaneciendo allí ocho años, en uno de los cuales (1847), asistió con esmero á los heridos que fueron conducidos á aquella población despues de la ocupacion de la capital por los americanos invasores, hasta entregarlos al médico cirujano del ejército que fué á encargarse de ellos. Iguales servicios habia prestado, con no menor consagracion, en el hospital de San Juan de Dios, cooperando á la asistencia de otros, heridos en las contiendas políticas.

En Guadalupe mereció el Dr. Armijo la estimacion y confianza del vecindario, por las excelentes dotes que como médico y como caballero poseia.

Establecido despues en México, fué nombrado, el 13 de Junio de 1856, cirujano del Cuerpo Médico Militar, y desempeñó por algun tiempo el cargo de profesor del hospital militar de instruccion.

Residia aún en Guadalupe, cuando fué designado Director del hospital de San Juan de Dios (hoy llamado de Morelos), en el que trabajó con asiduidad y conciencia hasta el dia de su muerte.

En 1857 recibió de manos del Presidente Comonfort la condecoracion de la Paz, y en el siguiente funcionó como Regidor del Ayuntamiento de México. La Compañía Lancasteriana se honró contándole entre sus miembros más distinguidos, como

le contaron todas las asociaciones médicas: la de Beneficencia, la Filoiátrica, la Academia, en la que fué nombrado redactor del periódico en la seccion de Patología: fué socio adjunto del Consejo central de salubridad, y por último, titular de la actual Academia de Medicina de México.

Tuvo siempre el Dr. Armijo numerosa clientela que hacia grande aprecio de sus virtudes y de su ciencia. Varias corporaciones religiosas, como las de la Enseñanza Antigua y Capuchinas de Guadalupe, y algunos colegios, como el de San Ildefonso, y Tecpan de Santiago, le tuvieron largos años por su médico.

Falleció el dia 3 de Junio de 1873.

No hay en la vida del profesor de quien acabamos de hablar rasgos extraordinarios de aquellos que cautivan el ánimo, ni relacion de descubrimientos científicos de alta importancia para la humanidad. Deslizose tranquila y apaciblemente la existencia del Dr. Armijo, y no dá materia para extenderse, como en otros casos lo hemos hecho; mas no por eso es ménos digno de recordacion el doctor inteligente, el filántropo ciudadano que puso al servicio de la sociedad los conocimientos que poseia, y que se distinguió no sólo por éstos, sino por sus excelentes cualidades personales. Hombre verdaderamente modesto, el Dr. Armijo encontraba llenas por completo sus aspiraciones, agotando los recursos de la ciencia en la cabecera del lecho de sus clientes, sin buscar aplausos, sin proclamar los triunfos que tantas veces coronaron sus nobles esfuerzos. Sacerdote de la medicina, llenaba su mision humanitaria con el celo y desinterés que no son comunes en nuestros dias. Por eso al morir dejó un gran vacío en nuestra sociedad, que bendice todavía su memoria. Fué de aquellos á quienes no llegan nunca los tiros de la envidia, porque huyen de llamar la atencion, y se conforman con el modesto título de hombres honrados. Y no sólo ese dictado le corresponde, sino tambien el muy honorífico de útil á sus semejantes.

La Academia de Medicina, deseando perpetuar la memoria del Dr. Armijo, publicó el retrato del distinguido profesor, y unos breves apuntes biográficos, debidos al Dr. Labastida, en el tomo X de *La Gaceta*.